

4. Ibiza: Marbella 2

El BMW todoterreno negro tuvo que tomar la curva con la reductora. Al alcanzar la cima de la cuesta iniciamos un acusado descenso desde donde se dominaba la costa norte de la isla que formaba una amplia cala con una isleta en su extremo sur, culminada por una magnífica construcción encalada en blanco y rodeada de palmeras.

Un sirviente marroquí –trajeadado al uso de su país– se acercó a la piscina, para mostrarme, con una leve inclinación del torso, una bandeja con dos langostas abiertas por la mitad acompañadas por varias terrinas que contenían salsas de diversos colores. Un segundo sirviente colocó sobre la mesa una cubitera con una botella de Laurent Perrier Grand Siècle.

Mi anfitrión salió de la piscina. Se recogió el cabello con los dedos de ambas manos y se cruzó un tupido albornoz blanco. Desplazó con el pie una tumbona que situó frente a mí; se estiró a lo largo de ella y, con las manos entrelazadas sosteniendo su nuca, empezó a hablarme mientras yo, haciendo uso de unas tenazas, me peleaba con los crustáceos.

«Nací en Granada, en el barrio del Realejo, hace cincuenta y dos años. Desciendo en línea directa del médico judío Hasday Ibn Shaprut que fue ministro de comercio y finanzas de Abderramán III –además de su médico personal–, cuando Granada se conocía con el nombre de Granat Al-Yahud. Mi padre era profesor de Historia en la Universidad. Mi madre bibliotecaria. Me doctoré en Ciencias Económicas y, gracias a una modesta herencia de mi abuela, me desplazé a los Estados Unidos para graduarme en la Universidad de Harvard. Recibí de mis padres una educación humanista y a la vez

conservadora. Mi estancia en Norteamérica arrinconó en lo más profundo de mí los valores tradicionales que de joven me inculcaron, sustituyéndolos por otros de cariz más liberal. Lo que sí conservé —y es lo que me caracteriza en el mundo de las finanzas en el que me muevo— es la capacidad para evitar dos de los más nefastos pecados capitales: la soberbia y la avaricia; aunque gracias a que son los más extendidos en el mundo empresarial y de la política, he podido llegar a donde he llegado.

Nada de lo que aquí ves y me rodea me pertenece. La casa, los coches, los sirvientes y la *Sunseeker* del embarcadero son propiedad de un buen amigo mío de nacionalidad belga que me permite disfrutar de todo ello en calidad de simple invitado. Mis únicas pertenencias son una casa en la costa granadina que heredé de mi familia y un Toyota RAV4 que compré de segunda mano. No tengo nada más a mi nombre aunque tengo acciones en varias sociedades inversoras. Cuando viajo al extranjero habito en casa de amigos o socios de las empresas a las que pertenezco: Londres, París, Amberes, Zurich, Nueva York... Nunca me hospedo en hoteles de lujo ni hago ostentación de bienes materiales. Y sin embargo soy uno de los hombres más ricos de este país.

Mi fortuna personal proviene de una larga y profunda reflexión sobre la debilidad humana —el ansia de poder, la ostentación, la codicia y la ambición— aplicada a una de las actividades que mejor se prestan a la especulación y a la corrupción: el sector inmobiliario.

A lo largo de los últimos años me he dedicado a erigir en Marbella un imperio basado en la construcción indiscriminada de chalés, hoteles, bloques de apartamentos, residencias de mafiosos, de jeques árabes y personajes del mundo de la farándula.

Voy a hacerte una sinopsis de como funciona todo este tinglado, saltándome los tecnicismos para no aburrirte. La estructura es

piramidal: en la punta del iceberg me encuentro yo y solamente yo; en la zona alta de la pirámide, se sitúa el “cerebro” de la operación, de modo que ya tenemos a alguien a quien poder imputar el control máximo de las futuras actuaciones; la zona central de la pirámide la ocupan cargos medios de la política y la administración: alcaldes, ediles, asesores financieros, abogados, etc.; y en la base de la pirámide encontramos a los peones del tablero de ajedrez: inspectores, tasadores, jueces, fiscales, policía, etc.

Para empezar te diré que yo no me ensucio nunca las manos: nada de sobornos, de comisiones por bajo mano ni sobres cerrados. Mis contactos se limitan a las altas esferas —Jefes de Estado, Ministros y Asesores del Gobierno— de quienes consigo su beneplácito gracias a las gestiones que para ellos llevo a cabo con altos mandatarios de otros países —especialmente del tercer mundo— y que culminan en operaciones comerciales satisfactorias como la firma de contratos para el suministro de armamento o la autorización para que grandes compañías estatales entren a formar parte del tejido económico-social del país en cuestión (compañías energéticas, de comunicaciones o entidades bancarias).

Si en algún momento se llegara a descubrir el entramado —algo inevitable como más tarde verás— ya tenemos un cerebro al que responsabilizar de dirigirlo todo y, por lo tanto, no habrá que indagar más allá de lo que está a la vista.

Quienes se dedican a sobornar, a incitar, a cometer irregularidades y a falsear informes y otros documentos, se encuentran en la parte media de la pirámide. Hay que elegir con tiento a esta camarilla de corruptos y para ello nada mejor que indagar en sus vidas. Si conocemos su procedencia social, sus traumas, sus ilusiones y aspiraciones, sus ídolos y sus ambiciones, podremos jugar con ellos, recompensándoles no con dinero sino con el logro de aquello que representa el alcance del sueño de su vida. El ansia de

poder, la vanidad de sentirse reconocido, de alcanzar la fama, de codearse con personajes públicos y famosos, van a ser, entre otros, los elementos que les incitarán a obrar en la dirección prevista a la vez que, inevitablemente, serán la causa de que tarde o temprano se encuentren atrapados en sus propias redes. Se trata de aplicar, en su interpretación más canallesca, el proverbio de Confucio que propone no dar peces a quien tiene hambre sino que es mejor enseñarle a pescar, lo que, en el caso que nos ocupa, podría traducirse en la inconveniencia de pagar con dinero a los corruptos mientras puedas enseñarles la manera de enriquecerse por ellos mismos. Te pondré un ejemplo: Últimamente hemos conseguido colocar en la alcaldía de Marbella a un tipo gris, de humilde procedencia y con aspiraciones, más que de alcanzar el poder, a ser reconocido socialmente. Indagando en su vida hemos encontrado una obsesión que le aborda desde su juventud: su idolatría por una cantante que, hasta el momento, era el máximo exponente de la canción popular española. Tras la pertinente investigación, llegamos a la conclusión de que la tonadillera –desplazada por nuevos valores emergentes– empezaba su declive profesional y se enfrentaba a graves problemas de índole económica. Así que, actuando sobre los apropiados resortes, conseguimos poner en sus brazos a la folclórica, de forma que ella alcanzaría un nuevo nivel económico y de poder (con la posibilidad de convertirse en alcaldesa) y él vería cumplirse el sueño de su vida. Ésta es, como ves, una de las maneras de recompensar a alguien sin tener que pagarle con billetes de curso legal.

El resto de componentes –los que ocupan la base de la pirámide– no presenta mayor dificultad: se trata de gente fácil de sobornar, ya sea a través de pagos en metálico o bien consiguiéndoles favores para ellos inalcanzables.

El sector inmobiliario es quizás el más propicio para enriquecerse con rapidez y corriendo el mínimo de riesgos. Por una parte, la construcción en sí —los materiales y la mano de obra— ocupa uno de los peldaños más bajos de la industria nacional en lo que se refiere a costes: en el sector inmobiliario turístico (un tipo de construcción que se sitúa muy lejos de edificaciones como el museo Guggenheim) se sigue construyendo como en la época de los romanos; la mano de obra no precisa de especialización alguna y los obreros son, en su mayoría, emigrantes sin papeles. Los materiales están en gran parte compuestos por ingredientes de lo más barato (arena y cemento) y no están sujetos a los controles de calidad que la normativa exige. Este tipo de construcción se deteriora en unos pocos años pero el constructor ya ha recuperado con creces su inversión y elude toda responsabilidad. En lo que se refiere a la adquisición del suelo, que debería representar el grueso del coste de la inversión, se consigue a precios irrisorios gracias a las recalificaciones de los planes parciales que dependen de los Municipios y en los que se soborna con comisiones en dinero negro a quienes tienen poder y atribuciones para variarlos a su antojo.

Cuando una obra se presenta a concurso público acuden empresarios testaferros ligados al cerebro de la operación, se declara el concurso desierto y más tarde se adjudica a quien interesa.

Como podrás suponer, una operación de tal magnitud en lo que se refiere al volumen de dinero que se mueve (cientos de millones de euros) y a su extensión en el tiempo (varios años, quizás décadas) es impensable que pase desapercibida a jueces, fuerzas de seguridad y en última instancia a los altos cargos del Gobierno. Por ello y para acallar a la opinión pública que tarde o temprano empieza a pedir explicaciones, llega el momento en que hay que demostrar la efectividad de nuestros gobernantes para ata-

car la corrupción y se monta un despliegue judicial y policial digno de un telefilme americano. La pantomima está servida. Se acusa, enjuicia y encarcela a toda la plana mayor para demostrar al país que nadie escapa a la Justicia. Los pactos establecidos con anterioridad conseguirán su efecto: por un lado el ciudadano de a pie se tranquiliza reafirmandose en que ser honrado, a la larga, es lo más conveniente, pues ya ves como acaban los que se enzarzan en prácticas ilegales; y por otro lado los condenados conservarán casi íntegro su patrimonio, mermado por alguna multa insignificante y, tras cumplir condena de dos o tres años –como máximo– en alguna prisión disfrutando de múltiples beneficios, recuperarán su libertad para llevarse a algún lugar del Caribe el patrimonio amasado en los años anteriores.

Te diré para cuando tengo previsto que la burbuja que se está hinchando en Marbella alcance su límite y explote. Calculo no más de cuatro años. Todo dependerá de la situación anímica e intelectual de quienes conforman la parte media de la pirámide. Me explicaré: nuestro cerebro funciona en relación con las necesidades que nuestro entorno nos exige. En otras palabras: cada especie –y cada individuo dentro de ella– tiene el cerebro que necesita. El otro día, viendo la televisión española, un tal Eduardo Punset entrevistaba a un científico llamado Rodolfo Llinás. Hablaban de unos animales que viven en el fondo del mar, los tunicados: los primeros organismos que desarrollaron un protocerebro. Al nacer están obligados a moverse y a distinguir entre lo que está arriba y lo que está abajo; en definitiva, necesitan entender el mundo externo y para ello les hace falta disponer de un cerebro. Al cabo de una hora encuentran un lugar donde asentarse y continuar su existencia inmóviles, anclados en el fondo marino y filtrando el

agua de mar para obtener nutrientes de ella. En este estadio de su vida, fijados en el lugar propicio, meten la cabeza y absorben su cerebro, porque ya no lo necesitan.

Quienes integran la parte media de la pirámide se comportan de manera muy similar a estos organismos: les funciona el cerebro mientras lo necesitan, en su etapa de instauración en sus puestos de control; pero una vez asentados, se apoltronan en su cómodo sillón y su cerebro deja de funcionar, simplemente porque ya no lo necesitan. Éste es el momento propicio para el ataque y posterior derribo; el momento en que salta el escándalo y se encuentran descubiertos por sorpresa, desarmados y sin capacidad de respuesta para ofrecer resistencia. Y se concluye la operación según el guión previsto. Los apresadores salvarán su dignidad colgándose alguna que otra medalla y los apresados pagarán por sus delitos.

Pero nos queda un colectivo que parece sufrir las consecuencias sin comerlo ni beberlo: el pueblo llano, los ciudadanos del municipio. Ellos, por su continuo y cotidiano contacto con los responsables de dirigir sus vidas, son quienes más fácil lo tienen para denunciar el mal comportamiento y la falta de ética de sus gobernantes en el desarrollo de las funciones que ellos mismos, con su voto, les han permitido desempeñar. Pero a pesar de ello se convierten en sus cómplices, deslumbrados por las promesas de bienestar que esperan ver cumplidas, que mejorarán su nivel de vida y que les permitirán acceder a mejores puestos de trabajo. La cota de popularidad que los corruptos –incluso estando encarcelados– llega a alcanzar entre el pueblo marbellí es buena muestra de ello.

Con la complicidad del silencio del pueblo de nuestra parte, sólo queda un posible enemigo que pueda dar al traste con el final feliz de toda esta gran tragicomedia. Se trata de los que de un modo políticamente correcto se conocen como “colaboradores de

la Justicia” o “confidentes”. Los que en el lenguaje policial y carcelario se denominan “chivatos” o más vulgarmente “chotas”. Son aquellos que, para salvar su pellejo o para ver reducidas sus penas, acceden a involucrar a sus socios y colaboradores, traicionándolos y desvelando actos y situaciones a los que de otro modo a la Justicia le sería difícil acceder. Pagarán caro su propio error. Para empezar, ningún abogado de prestigio se hará cargo de su defensa ya que entre el colectivo de letrados con altas cotas de ética profesional, los violadores y los chivatos son los únicos considerados no merecedores de ella. Y en cualquier caso, una vez en prisión (que no podrán evitar aún con las promesas recibidas), los mismos reclusos se cuidarán de dar buena cuenta de ellos: un infarto repentino, un suicidio por desesperación, una reyerta...

En unos años las aguas volverán a su cauce. Marbella dispondrá de un consistorio ejemplar colaborando con la no menos ejemplar Junta de Andalucía. La provincia de Málaga recuperará su lugar en la costa mediterránea, favorecido por un microclima de privilegio. Desaparecerán las mafias, los especuladores y los dirigentes corruptos, y el pueblo marbellí vivirá en paz y tranquilidad por los siglos de los siglos... amén.

Y ahora le toca a Ibiza. Llevo casi dos años preparando meticulosamente la operación gemela de la marbellí en esta isla en la que ahora nos encontramos. Aunque el escenario es bien distinto, debido, entre otras razones, a la particular idiosincrasia de sus dirigentes y empresarios, los principios básicos son los mismos: el ansia de poder, la ostentación y la avidez por conseguir un rápido enriquecimiento con el mínimo esfuerzo, aún a costa de herir de muerte a una de las últimas joyas del Mediterráneo. La maquinaria ya está en marcha. La construcción de inmuebles se ha doblado y hemos con-

seguido despilfarrar en una red innecesaria de nuevas autovías una cantidad multimillonaria de euros con un coste por kilómetro que no ha alcanzado ninguna obra civil en Europa. Por el momento la cosa va bien. Los favores indiscriminados, el amiguismo, las concesiones a dedo y la formación de nuevas empresas con testaferros y hombres de paja empiezan a ser el pan nuestro de cada día. Es de esperar que también funcione el tejido de corrupción que tan buenos resultados dio en Marbella. Todo depende de como respondan quienes ocupan los puestos clave en todo este entramado. Confío en su completa falta de ética.

Algunos se salvarán y otros no. Algunos pagarán con multas otra vez ridículas o con breves penas de encarcelamiento que posiblemente ni siquiera llegarán a cumplir.

Los políticos son como una manada de ñus en su migración a través del Serengeti: unas bestias bastante torpes cuya única salvación consiste en ser muchos y correr en tropel escudándose uno en el otro. Un ñu no debe correr más que la leona que le persigue. Simplemente tiene que correr más que otros ñus para no quedarse rezagado y evitar así ser pasto del felino. Si corre más que la leona lo único que conseguirá es ponerse en la cabeza de la manada y llegar al río Mara en primer lugar siendo inevitablemente devorado por los cocodrilos que esperan hambrientos. La mejor táctica para llegar sano y salvo a su destino es la de situarse en el interior de la manada... y rezar.

Se salvarán las personas pero la isla morirá. Ibiza no tiene la suerte de Marbella. La tierra es pobre y su agricultura insuficiente; la pesca es escasa; y carece de industrias a excepción de la industria salinera, cada vez más mecanizada y cuyos beneficios huyen hacia las arcas de su sociedad explotadora, en el exterior de la isla.

En un plazo de diez años el panorama será desolador. La mala calidad de sus edificios empezará a ser evidente. Su inútil red de

carreteras, inservible, mostrará sus vísceras de asfalto y alquitrán. Sus playas, repletas de desperdicios, formarán una irreconocible frontera con unas aguas turbias sobre las que flotarán detritus de todo tipo, producto de los excesos de una sociedad dirigente sin escrúpulos. El escenario recordará al de “el día después”.

Pero allá, en un lugar lejano, los protagonistas de esta obra descansarán en una playa tropical a donde la codicia y la ambición aún no habrán llegado».